

Antonio López Alonso

**EN LAS FRONTERAS
DEL AMOR**

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Antonio López Alonso

De la edición © Ediciones Irreverentes S.L.

Fotografía de portada © Kailash Kumar – Fotolia

Enero de 2014

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-15353-99-7

Depósito legal: M-35657-2013

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Cimapress

Impreso en España.

A María Jesús

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Antonio y yo, apenas cumplidos veinte años, nos casamos. Pertenecíamos a un mundo en el que la verdad se contaba pocas veces y el amor se repartía tan solo entre unos cuantos.

Antonio y yo tuvimos la fortuna de formar parte de un pequeño grupo de elegidos. Así, en la apariencia, lo expresado era de una autenticidad no discutida. El tiempo nos daría o quitaría la razón.

Estudiábamos segundo curso de Filología en la Universidad Central, donde la libertad, se decía, era el canto más logrado. Debo reconocer que siempre me asaltó la duda ante palabra tan redonda pronunciada.

El tiempo era indiferente para muchos. Para nosotros no, para Antonio y para mí significaba el todo de una vida: plenitud, amor, creer en los demás con fuertes dosis de esperanza.

Encontramos cierta resistencia en nuestros padres, pero al darse cuenta de la fuerza de los sueños que nos invadían y del dolor sentido por ellos mismos al no haberlo conseguido, aunque sí que lo intentaron, terminaron aceptándolo después de un largo tiempo de intercambio de palabras.

Si se habla de justicia en términos genéricos, debo confesar que fueron muy honrados y generosos en su asentimiento. Solo les preocupaba el otro lado de la vida, esa que está oculta detrás de los rostros de la gente y en las calles embarradas de las noches. Mas esto no quisieron descubrirlo del todo, ni tampoco que supiéramos la abundancia de pozos hundidos en la miseria que acechan las ciudades.

Pero fuimos advertidos: desconfiaban de los pocos años que tramitaban nuestras vidas.

Qué duda cabe de que lo habían hablado entre ellos que las residencias habitadas por los diferentes coloridos de sus vidas querían advertirnos del desastre, del reflejo de esos espejos que adulteran las imágenes, aunque la sangre corriera de idéntica manera en cada arteria y su pasado y su presente siempre fuera el mismo.

Fue una boda de unos cuantos, de muy pocos; de los que nos habían visto nacer. Nada más dos filas ocupadas de la iglesia, que sentí congeladas y frías por un tiempo. Silvia, sí; Silvia es mi nombre. Me acepto poseída por un rostro en el que unos ojos se filtran, en cada mirada, a través del azul intenso de mi iris; y el pelo rubio que cubre mi cabeza es tan lacio que, en ocasiones, se conjuga con el vacío transparente que lo envuelve: así es toda mi familia. Antonio, no; Antonio es casi gitano: moreno en la piel de su cara y en el tinte negro de su pelo.

El amor nunca supimos cómo se enredó entre los dos; pero, lo que sí es cierto, es que se mostró como un conjuro procesado lentamente, poco a poco, ocupando un lugar en nuestras vidas. ¿Y el encuentro? Aquí no hay duda: el Parque del Retiro aplacó nuestros pasos, los amainó y redimió.

Observábamos los juegos de unos niños que jugaban a pídola debajo de un sauce llorón. Los niños siempre fueron una de las verdades más aferradas al deseo compartido. Las manos escondían las caricias repletas de ternura en actitud de consagrada espera. El tiempo pasó como la fugacidad de una sombra dibujada en un instante.

Cuando quisimos darnos cuenta, arrastrados por el huracanado viento de la pasión por la docencia, nos vimos dando clases de literatura en un colegio concertado del barrio madrileño de Argüelles.

Alquilamos un piso en la zona de Prosperidad y, como ningún hijo se hacía realidad en las entrañas de mi vientre y el dolor golpeaba con frecuencia la puerta que siempre entendí abierta, le pedí a mi hermana, la

mayor, la única, enviudada poco después de nuestro matrimonio, que se viniera con su hija María a vivir a nuestra casa.

Flora —he ahí su nombre—, alta, delgada y con idénticos estigmas en su rostro y en su pelo a los míos, había estudiado Medicina. Excelente ginecóloga, desempeñaba su oficio en el hospital del Santo Ángel.

Flora sostuvo siempre que María estudiara en un colegio del barrio, dando prioridad absoluta al que trabajábamos Antonio y yo. Hubo acuerdo entre todos los habitantes de la casa. Quién faltaría en el recuerdo de ese instante era Eloísa, la muchacha, nacida y criada en el pueblo de mi padre, allí en las Asturias de mi alma.

Pero en casa empezó a acunarse un viento pertinaz y frío; un desasosiego que, iniciado en mí, se propaló a todos los miembros.

Llevábamos casados esos años en los que, por la falta de hijos, la gente empieza a preguntar y a señalar con el dedo a la mujer que no sirve —dicen, piensan— a la maldecida, a la castigada por los dioses; a la seca.

Aquello que más necesitaba para expresar la ternura con caricias sobre la lisa piel de un recién nacido empezó a rebelarse contra mí: hay ausencias que se hacen insoportables.

Cuando Antonio y yo, una tarde y otra, paseábamos por el Parque de Berlín, las miradas de los niños que por allí jugaban eran como deseos, como las cuentas de un rosario en las que, detrás de una, otra va. Así las ganas, la obsesión de que el niño deseado hiciera acto de presencia y después otro y otro más.

Empezó a cambiar mi carácter. Ya no era aquella joven muchacha que llenaba de besos y palabras a Antonio, que lo acechaba sin parar para encelarlo con una pasión que dilatava cada rincón de la casa. Y esa intensidad adscrita al juego del amor, sin pensar en otra cosa que no fuera la expresión de algo detenido en el tiempo, fue cambiando del arrebatado a la pausa, del momento inesperado para poseernos, al calculado

para precisar una ovulación. Y, aunque la pasión nunca cedió, empecé a enredarme en una forma de pensar en la que el deseo dio paso al cálculo, a las matemáticas, a la necesidad controlada de quedarme embarazada. Antonio se dio cuenta de inmediato, pero nada dijo: ni una sola palabra, ni un solo gesto de impaciencia se hizo presente ante mí. Pero el hecho hirió, bien cierto es que desde el silencio, la relación emotiva, y de una manera inconsciente empezaron a mostrarse ciertas cosas: desencuentros, olvidos y recuerdos, pero sobre todo besos. Empezaron a ausentarse los besos, núcleo central de nuestro amor.

Mas si hay que buscar culpa, tan solo mía fue. Siempre la culpa aderezando mis locos extravíos. Por eso, la que contaminó fui yo; la que empezó todo no fue otra, sino yo.

Entendimos casi en silencio que, quizás, un viaje, una parada en el tiempo, un alto en el camino, otro espacio, otro lugar sería lo adecuado.

Y los fines de semana se nos llenaron de geografías pactadas previamente. Y entonces sí; entonces sí que regresaron las palabras.

—Quizás, Silvia, deberíamos dejar que el tiempo fuera ocupando el lugar de la esperanza.

—¿Después de tantos años? El tiempo es una dimensión de la que estoy empezando a dudar: sus requiebros y caprichos desconciertan.

¿Hasta cuándo?; ¿cuánto es el tiempo de la espera?; ¿dónde empezó el instante en el que me interpreté estéril?

—¿Por qué admites que tu pensamiento se llene de prisas y congojas?

—Sinceramente no lo sé. Pero admiro tu paciencia, esa misma que en mí se está desalojando. Si apenas la conozco. Debe ser como una brizna de centeno que el viento disuelve cuando apenas mi visión me ha permitido conocerla.

Y Antonio daba media vuelta y se marchaba; en silencio se marchaba.

Me di cuenta de que se sentía herido; mi desolación lo estaba haciendo sufrir y era urgente, necesario que yo calmara mi ansiedad, y que, cada menstruación, no fuera para mí como un desastre de sangre nunca deseada. Flora acudió a mi deterioro con el alma, en su totalidad, abierta; como se abren las páginas de un libro perdido y encontrado, y me dijo palabras de consuelo, horadando todas mis ventanas para que la luz iluminara mi semblanza.

Pero yo empezaba a no tener piedad de mí, a martirizarme, a encerrarme en una sinrazón que evocaba cárcel y falta de esperanza.

María no entendía qué me pasaba; por eso acudía con frecuencia a mí. Pobre criatura.

—¿Por qué, tía?; ¿por qué siempre estás tan triste?

Y yo callaba, no sabía qué decir a una niña tan rubia como yo; tan parecida a mí.

Mas un día no callé y acercándola con las manos hacia mí le dije:

—Es por una pena, por una pena que tengo dentro.

—¿Y eso qué es, tía?; ¿qué es eso de una pena?

—Es, María, el no poder tener una niña como tú.

—¿Y por qué?

Eso, ¿por qué? La respuesta quedaba siempre suspendida en el vacío que nos separaba, en la mirada de los ojos, en la turbulenta inquietud de la desesperanza.

El porqué, durante un tiempo, solo fue el fruto de una reflexión que venía y se iba de mi pensamiento, palabras que anidaban en el sitio donde se recrean los recuerdos; palabras con alas, con vuelo.

Pero el porqué empecé a repetirlo con la carne de mis labios, desmesuradamente, como el agua represada que empieza a desbocarse en busca de su último destino.

Un día Antonio me tomó la mano y mirando hacia lo alto, hacia la copa de un chopo en el Parque de Berlín, dijo:

—Silvia, mira hacia lo alto de este espigado árbol. Casi no alcanza tu mirada, el punzante quejido de tus ojos, ¿verdad?

Creo que ha llegado el momento de echar mano de la ciencia, de escuchar a médicos expertos.

¿Qué te parece?

—¿Y a ti?

—Yo lo deseo.

—Quizás tanto como tú, yo.

CAPÍTULO II

Antonio empezó a investigar el mejor sitio donde pudieran resolver este martirio, pero no tenía fortuna en la búsqueda y lo que para unos no era discutido en este difícil campo, para otros sí.

—Pensaba —me decía— que todo era más sencillo, más consensuado.

—¿Y por qué no lo dejamos en manos de Flora? Su especialidad es muy cercana a la que estamos buscando.

Siempre supe que la relación entre los dos cuñados no era un tema fácil; mas, para sorpresa mía, en esta ocasión no puso ni el más mínimo reparo, sino todo lo contrario, acordó planteárselo a la primera oportunidad.

Nuestro piso de Madrid es una excelente casa en la que vivimos los cinco sin apuros ni estrecheces. Flora, además de Ginecóloga cultiva la afición a la pintura y para sentirse libre alquiló un apartamento en la Avenida de América que utilizaba para llenar de imágenes y líneas los lienzos y el tiempo de las tardes.

Es curioso este mundo del cuadro y la búsqueda constante de tendencias. Por ahí anda ella, intentando dar con la esencia, con un estilo propio en arte, tan lleno de complejidad, pero a la vez tan intenso desde el punto de vista de la creación.

—El color es la autenticidad, lo más sincero de la pintura —me decía ilusionada, mirándome con unos ojos en los que la pesadez de sus párpados denunciaba el cansancio crónico que siempre andaba en ella.

Me gustaba escucharla y cuando me hablaba de las diferentes escuelas y pintores, se me pasaba el tiempo sin apenas darme cuenta.

A Antonio no, yo creo que en lo más hondo de su ser odiaba el mundo de los pigmentos y resinas, y como se juntaba todo, jamás asistió a una de sus exposiciones.

—No va por rareza, es un poco raro tu marido, siempre metido hacia dentro —me repetía con frecuencia.

—Te equivocas, Flora. Debes entender que las cosas tienen que gustar y a mi marido el arte pictórico no le dice nada. Compréndelo.

—Que te digo que es un poco raro, mi querida hermana.

—Y yo insisto en decirte que te equivocas. Vamos a ver: ¿a ti te gusta la música clásica?; de sobra sabes que sé que no. Pues bien, amiga mía, ni tan solo una vez te ha señalado con el dedo para recriminarte por tu falta de gusto para un arte tan exquisito y señalado.

—Correcto, pero que no se meta en casa ajena, que no para de inducir a mi hija a la música, a ser directora de orquesta el día de mañana, de enseñarle a tocar el piano, que siempre se trae con ella ese juego entre las manos.

A Antonio le encantaba tocar el piano. En casa había uno que utilizaba con la frecuencia que le permitía su trabajo. ¿Y a mí?; sí; ¿y a mí?; ¿a mí qué me gustaba? Me gustaba escribir, poesía sobre todo. Pero era el secreto mejor guardado: tan solo lo conocía yo.

Entre mis libros mezclaba ensayo, poesía, novela, biografía, teatro. Y entre los poetas, Lord Byron, a quien leía en casa y en el Retiro, junto al estanque del parque.

¡Qué curioso!, ¿verdad?, pensaba yo. En este habitáculo, por fortuna, cada uno tenía una afición que nos distinguía de los demás; incluso Eloísa cuidaba las flores del ático adscrito a la casa, en el piso inmediatamente superior, y lo hacía con tanto esmero que no permitía que nadie las cuidara, tan solo ella. ¡Ah!, y los pájaros, la gran jaula, los canarios, santo y seña de todos los personajes de la casa.

Lord Byron fue mi salvación durante un tiempo de mi infertilidad,

mi consuelo en los momentos en los que el ánimo se alejaba. Byron... ¡Oh, Byron!, mi admirado Byron, ese gran amor oculto de mi vida. Su existencia, tumultuosa y ajetreada de amante, me tenía seducida. De Byron amaba su obra poética, pero también su biografía.

Mas, en esta casa, en la que cada uno tenía una propuesta, una luz encendida, se notaba cada vez con más insistencia esa sensación de pena por la ausencia del niño deseado, se palpaba un clima perturbador que hacía acto de presencia en situaciones cada vez más insignificantes.

En cada nota musical, en cada poema, en cada pincelada, en cada pétalo de una flor, existía como una mezcla de tristeza y de tensión; muy acentuados en Antonio, pero sobre todo en mí: saltaba al más mínimo estímulo y, en estos momentos, al no disponer todavía del nombre y la dirección del experto en infertilidad, me llevaban los demonios.

Antonio se esmeraba en el encargo de recordárselo a mi hermana cada día. Pero Flora no estaba en la órbita de mis angustias, en el calado de mi deseo, del empeño de su cuñado y del mío propio. Parecía que el tema no iba con ella, a pesar de haberse comprometido a resolverlo.

Sabía que debía hablarlo en su hospital, preguntarlo en su propio servicio, pero el olvido, la indiferencia, el fastidiar a mi marido estaba creando un problema, donde sinceramente, pensaba yo, no lo había.

Antonio entendió a la perfección lo que pasaba. La forma de ser mía no era precisamente la de una mujer paciente, y el carácter colérico, itinerante, de Flora tampoco favorecía el encuentro.

Una noche, cuando el sueño acechaba la cama, le dije:

—Antonio, a esto hay que darle una salida, no puedo soportar esta zozobra que no me deja vivir.

¿Quieres que aprovechemos el próximo sábado y, durante la comida, le digamos que las circunstancias me están sobrepasando?

—Silvia, me está resultando difícil entender esta actitud de Flora.

—Quizás no opere la intención, sino el descuido, si me apuras el olvido.

—Eso sería peor. Le he dejado ni se sabe la cantidad de mensajes en el contestador de su teléfono.

—Ni los escucha, Antonio. Todo es tan sencillo como que no ha tomado conciencia de mi estado de ánimo.

—Quizás tengas razón, anda siempre con sus cosas, con su oficio, con su mundo de pintora. Probablemente la haya juzgado con severidad.

—Entonces, ¿te parece buena idea la de comer los tres juntos aquí, en casa, el sábado?

—Me parece una excelente idea.

—María y Eloísa que pasen el día en el Parque de Atracciones.

Perfecto. Es necesario evitar que se contamine la niña con nuestros problemas.

Mientras las palabras iban y venían, acudía a mi pensamiento el cambio que se había producido en su carácter desde la muerte inesperada de Julio, su marido. Golpe tan doloroso, en etapa tan precoz de su matrimonio, hizo que las cosas empezaran a no importarle nada, y la indiferencia ante los compromisos de la vida la delataba como el rasgo más preciso de su forma de ser; digamos que era su estado natural. Es más, dejaba a María en nuestras manos y en las de Eloísa, pendiente de la niña como si fuera su hija.

Y era ese pasar de todo lo que dificultaba una relación fluida conmigo y, sobre todo, con Antonio, que nunca significó para ella otra cosa que la de un desconocido andando por la casa.

Con la muerte de su esposo empezó a morir un poco cada día.

Y llegó el sábado; yo no le anticipé nada. Deseaba que se comprometiera delante de los dos.

—Os comprendo —nos dijo a Antonio y a mí—, tenéis toda la

razón, ya me conocéis, huyo de toda «complicación»; esa es la palabra exacta: no quiero agobiarme por nada.

—Pero yo soy tu hermana, Flora.

—Si no quieres asumirlo, podemos hacerlo nosotros. Pero tú no te negaste, sino todo lo contrario: «me resultará sencillo, en mi propio servicio me lo dirán», dijiste.

—Ya está mi adorado cuñado buscándole malicia al asunto.

—En absoluto; en todo caso eres tú la que sueles complicarlo todo.

—Antonio y yo acordamos que fueras tú, por tus múltiples contactos en tu propio servicio, la que podía solucionarlo— precisé con toda la suavidad que pude.

—Insisto —apremió Antonio—, estamos haciendo un problema donde no lo hay. Yo tengo amigos médicos...

—Ya estamos como siempre —empecé a perder la paciencia yo— con vuestra incapacidad para soportaros. Os pasáis discutiendo un día sí y otro también.

—Mañana mismo resuelvo el problema.

—En tu propio servicio, mi querida cuñada, no necesitas siquiera bajar o subir una planta.

—Tú, cállate; no enredes más. Ya he dicho que voy a solucionar el tema. Eres excesivamente meticuloso con mis obligaciones. ¿No te das cuenta de que son muchas?

—Tú y tu pintura. ¿Significa esta circunstancia una obligación? Vamos, cuñada.

—¡Basta ya! —casi grité yo, a la vez que me levantaba de la mesa y cambié de conversación con toda intención— Antonio, me ha dicho Eloísa que un canario anda como mustio; apenas corretea, vuela por la jaula.

—Ponle el *Réquiem* de Mozart —apuntó Flora sonriendo.

Y las sonrisas hicieron acto de presencia en el comedor, afortunadamente.

Al día siguiente, tenía yo encima de mi mesa de noche, escrito en un papel, un nombre, una dirección y un número de teléfono. Supuse que Flora lo había dejado allí.

Llamé al teléfono del Dr. Alcázar —así se llamaba el experto— y su secretaria nos dio cita para el día 13 de junio, a las nueve de la mañana.

Y ese día y a esa hora, estábamos en la consulta Antonio y yo.

Personalmente, nunca creí en el oficio que padre intentó, siempre, hacerlo más humano: médico generalista. Entregó toda su vida a los enfermos, con un espíritu de sacrificio poco común, pero se marchó de esta vida con la frustración de que la tecnificación podía con todo. Por eso, mi presencia en una consulta médica tenía mucho de escepticismo.

CAPÍTULO III

Sentada en la silla de la sala de espera, el tiempo se alargaba demasiado. Me comía la prisa por dentro, como si la salvación de mi vida estuviera en aquel encuentro. Miraba de soslayo a Antonio y me asombraba su quietud; su apariencia de hombre bien curtido, amansado. El silencio se mostraba entre los dos, como un espacio virtual recolocado. Las parejas que junto a nosotros estaban, se las suponía infértiles, porque tenían como letras escritas con los rasgos de sus rostros que las denunciaban.

—Señores De Pajarón, por favor —se escucha una voz en el espacio rectangular de la Unidad de Reproducción; voz delicada, suave, como si estuviera barnizada con miel. Esa frase que emerge y se muestra a través de un altavoz acampanado de brevísimo tamaño ubicado en el techo de la Sala.

Nos levantamos y dirigimos nuestros pasos hacia la puerta, donde una enfermera alta y espigada nos sugirió con un delicado gesto de su mano que entráramos en lo que parecía el inicio de una historia cuyo desarrollo y final deseaba fuera feliz.

—Buenos días; siéntense por favor —apuntó un hombre de unos cincuenta años, enfundado en su bata blanca que se desplegó al levantarse para saludarnos con un discreto apretón de manos.

Estábamos, Antonio y yo, ante el doctor Alcázar —don José María— científico de una gran experiencia y merecido prestigio en el campo de la fecundación artificial.

—Es preciso comenzar advirtiéndoles que las primeras visitas tienen la intención de averiguar quién de ustedes es el responsable de no poder tener hijos.

Comprenderán que hasta que yo no sepa de quién depende la infertilidad, no les trataré como enfermos. Es más, no me gustaría tratarlos como tales en ningún momento.

Me permito adelantarles que ustedes y yo formamos un triángulo en el que la intimidad y el derecho a la privacidad debe ser nuestro y de nadie más.

Para la buena dinámica de la pareja, ni de palabra ni de obra deben echarse en cara sobre quién recae el no poder tenerlos. Es muy frecuente oír: «tú eres el culpable»; «por tu culpa no tenemos hijos».

Ya, ya sé lo que estarán pensando: «este hombre está exagerando». Puedo asegurarles que no. La experiencia me ha confirmado que no son tan infrecuentes frases tan perversas y con múltiples variantes.

Cuando ustedes acuden a mí, ya vienen con una carga de ansiedad que ha ido modelando el tiempo, porque de sobra saben que si existe un campo de la medicina en el que no se pueden preveer resultados, la infertilidad es el que se lleva la palma de la mano.

Deben ser ustedes muy honestos y sinceros entre sí y conmigo, para que una vez terminada esta «aventura» clínica de la que vamos a ir cogidos de la mano, si las cosas no salen bien, no se les quede grabado en su memoria, esta experiencia como algo desagradable en la que yo sería rápidamente señalado; o por el contrario, si conseguimos el niño deseado, no me consideren un Dios.

Si algo de verdad tiene esta especialidad, si algún matiz especial se le reconoce unánimemente es que es una profesión de excesos: el resultado nunca se acepta con coherencia y equilibrio. Siempre hay un ángel o demonio de por medio. Les ruego que actúen con absoluta libertad en las técnicas de fecundación artificial de esta unidad hospitalaria. También me lo exijo yo dentro de las reglas del juego de la ética. Ustedes en todo momento, pueden decir que no; lo mismo que yo puedo

ofrecerles un número limitado de técnicas, porque en mi caso, en esta Unidad, desde luego no las agotamos.

—¿La Fecundación *in vitro* es un procedimiento que se hace en este centro? —me tomé la libertad de interrumpir al Dr. Alcázar.

—Sí, pero con muchas reservas, que ¡ojalá no tengamos que planteárnoslas!

De la inseminación artificial trabajamos en casi todos los campos, y creo que se hacen las cosas bien. La fecundación *in vitro*, es otra cosa y tiene otras connotaciones. Pero es casi mejor que no sigamos, por ahora, por este camino; tiempo habrá de ello. No es bueno irritar al futuro ni a sus artimañas.

También debo informarles de es costumbre en la unidad proceder a la búsqueda de la causa simultáneamente en los miembros de la pareja, no sólo con la intención de ganar tiempo —el deseo de desentrañar el enigma cuanto antes es constante en estos casos—, sino también, aunque sea poco frecuente, porque puede recaer la causa en ambos, con independencia de tener un mapa de conjunto, siempre necesario. Este es el motivo por el que tenemos protocolizado el estudio tanto del hombre como de la mujer. Es decir, no vamos tanteando como el ciego con su bastón: hay una cronología en la que todos los parámetros están secuenciados.

También es mi deber advertirles de dos hechos significativos: el primero, que se armen de paciencia, que procuren robarle el tiempo a otras cosas de su vida y se concentren en esta «aventura». Paciencia y paciencia; mucha paciencia. Y, en segundo lugar, les ruego tengan piedad de mí, y les solicito su confianza; crean en mí, en todo lo que yo les iré diciendo.

Si me hacen caso, las cosas seguirán su camino; si no, deberemos detenernos y hacer una reflexión colectiva entre los tres.

Pero insisto, ustedes, en uso de su libertad, pueden solicitar darse de